

3-113 1
CAMPOS DE CASTILLA. / "La Nación", Buenos Aires
(República Argentina), 25 junio 1912/

CAMPOS DE CASTILLA

(Para LA NACIÓN)

II

SALAMANCA, mayo de 1912.



En efecto, en este libro de «Campos de Castilla», de Antonio Machado, el hombre y la tierra forman, como os decía, una sola y única unidad trágica y la potencia de visión del paisaje que en él se observa arranca del mismo origen que la potencia de visión psicológica. El hombre domina el libro todo.

Y en primer lugar el hombre mismo que lo ha compuesto: el poeta. La composición que abre el libro, titulada «Retrato»—y es un auto-retrato—recuerda algo aquella otra de su hermano Manuel en el libro «Alma», titulada «Adelfos», que empieza:

Yo soy como las gentes que a mi tierra
[vinieron;
soy de la raza mora, vieja amiga del sol...
que todo lo ganaron y todo lo perdieron.
Tengo el alma de nardo del árabe español.
Mi voluntad se ha muerto una noche de
[luna
en que era muy hermoso no pensar ni
[querer...

y en que hay aquellos dos versos que dicen:

[Qué la vida se tome la pena de ma-
[tarme
ya que yo no me tomo la pena de vivir!

Sólo que este «Retrato» de Antonio es más apacible, más sereno, menos arrogante que el de su hermano Manuel; menos arábigo, pero más ibérico. Después de recordarnos cómo es su infancia, recuerdos de un patio de Sevilla y un huerto claro donde madura el limonero, su juventud veinte años en tierra de Castilla y su historia, algunos casos que no quiere recordar, añade:

Y más que un hombre al uso que sabe
[su doctrina
soy, en el buen sentido de la palabra,
[bueno.

Y así es, Antonio Machado es bueno de veras y su poesía flor de esa bondad.

Converso con el hombre que siempre va
[conmigo
—quien habla solo, espera a Dios hablar
[un día—
mi soliloquio es plática con este buen
[amigo
que me enseñó el secreto de la filantropía.

Y siguen estos otros versos arrogantes:

Al cabo os debo. Rebelisme cuanto he escrito.



UNIVERSIDAD
DE SALAMANCA

GREDO.S.U.S.A.L.E.S



A mi trabajo acudo, con mi dinero pago
el traje que me cubre y la mansión que
[habito,
el pan que me alimenta y el lecho en don-
[de yago,

versos que recuerdan aquellos otros, más
arrogantes aun, de su hermano Manuel
cuando nos decía:

Besos ¡pero no darlos! ¡Gloria... la que
[me deben

Y luego:

Nada os pido. Ni os amo ni os odio. Con
[dejarme
lo que hago por vosotros hacer podéis por
[mí!...

La diferencia se ve clara en el fondo
mismo de la hermandad poética de los te-
mas de ambos hermanos.

Y después de habérsenos así presentado
Antonio Machado nos da la hermosísima
composición «A orillas del Duero», en que
hombre y tierra se nos presentan herma-
nados en una historia trágica. El poema
adquiere una singular solemnidad desde su
comienzo. Y llega aquello de:

El Duero cruza el corazón de roble de
[Iberia y de Castilla.
¡Oh tierra triste y noble
la de los altos llanos y yermos y roquedas,

de campos sin arados, regatos ni arbole-
(das;
decréptas ciudades, caminos sin misiones
y afónitos palurdos sin danzas ni cáncio-
(nes
que aun van, abandonando el mortecino
(hogar
como sus largos ríos, Castilla, hacia la
(mar!

Hacia la mar, sí, hacia la mar se van
con los ríos de hondas hoces, estos campe-
sinos de tierra adentro, estos hijos de los
altos páramos, de las mesetas peladas, es-
tos descendientes de los pastores trashu-
mantes, como hacia la mar se fueron los
hermanos de sus abuelos siguiendo a los
conquistadores, a aquellos Cortés y Piza-
rros y Almagros y Carbajales y Orellanas,
que eran también en su mayoría hombres
de tierra adentro. Y añade el poeta:

Castilla miserable, ayer dominadora,
envuelta en sus andrajos desprecia cuan-
(to ignora.

¿Es verdad? ¿no es verdad? Yo diría
más bien que ignora cuanto desprecia. Y
acaso hace bien; sí, hace muy bien.

La madre en otro tiempo fecunda en capi-
(tanes,
madrasta es hoy apenas de humildes ga-
(napanes.

Y sigue la elegía, una elegía so-
lemne y áspera a la vez, inspirada en
esa pobre y triste y noble tierra de So-
ría, la de los pinarriegos, una de las tierras
de España, de donde más hijos salen para
esas Américas y una de las tierras que
más beneficios debe a los indios. Porque





los hijos de esa tierra triste y noble y pobre la quieren como pocos hijos quieren a su madre y es porque la tragedia nos atrae siempre. Sé de muchos que habiendo salido de un hogar rico, opulento, donde les criaba un aya, donde vieron a su madre ataviarse espléndidamente para ir a una fiesta, no han vuelto a él, sintiendo el frío de tal hogar, pero son pocos, muy pocos los hijos del hogar pobre, los que vieron acaso a su madre sudar sobre la tierra y trabajarla con sus manos, que no vuelvan a él llenos de ansia. Se quiere más al hijo que más nos costó criar, al más desgraciado, al que más necesitó de nuestro amparo, al que estuvimos acaso arrancando día a día la muerte y son también más queridas por sus hijos aquellas pobres madres que más tuvieron que trabajar por ellos, que les amamantaron sosteniendo los pechos con unas manos encallecidas por la azada tal vez. Y así han de querer los hombres esos del naciente Duero a la tierra encallecida que los crió.

Y viene luego aquella terrible composición sobre el hombre del Duero

el hombre de estos campos que incendia
(los pinares
y su despojo aguarda como botín de guerra.
(rra.

esa composición que tiene acentos proféticos, que parece cosa del Antiguo Testamento.

Hoy ve sus pobres hijos huyendo de sus
(lares;
la tempestad llevarse los limos de la tierra
por los sagrados ríos hacia los anchos mares;
(res;
y en páramos malditos trabaja, sufre y
(yerra.

Es hijo de una estirpe de rudos caminantes
(tes
pastores que conducen sus hordas de merinos
(rinos
a Extremadura fértil, rebafios trashumantes
(tes
que mancha el polvo y dora el sol de los
(caminos.

Si, es hijo de una estirpe de pastores andariegos, de esos nómadas que en verano llevan sus rebafios a los altos prados de las húmedas montañas del Norte y en invierno los bajan a las cálidas landas del Mediodía; es hijo de esta estirpe abelita. Porque este rudo pastor peregrino a quien Machado emparenta espiritualmente con Caín, es de la raza de Abel, de Abel el pastor. Caín era el labrador de la tierra.

Creo haberos recontado alguna otra vez la vieja leyenda. Caín, el labrador del campo, tuvo envidia de la virtud de su hermano Abel, el pastor, o más bien de que Dios miraba con mejores ojos las ofrendas de éste que no las de aquél. Y Machado, que parece tener la obsesión de Caín—trágica figura poética que obsesionó también a lord Byron—nos dice que «la envidia de la virtud—hizo a Caín criminal.— ¡Gloria a Caín!—Hoy el vicio—es lo que se envidia más.» Y este Caín, el labrador, envidioso de la virtud de su hermano Abel, el pastor, le mató. Mas yo abrigo la triste creencia — creo habérselo dicho antes de ahora—de que si Caín no mata a Abel,





habría muerto a manos de éste. No es, pues, tan puro juego aquello que suele preguntarse para confundir al preguntado: ¿quién mató a Caín? esperando que responda: ¡Abel! La experiencia enseña que los abelitas, los que conducen sus rebaños, no son menos envidiosos que los cainistas que labran la tierra. Es la tierra, la tierra dura la que hace envidioso al hombre que no sabe dominarla en espíritu. «Mucha sangre de Caín—tiene la gente labriega» dice Machado en su estupendo romance «La tierra de Alvargonzález».

Antonio Machado tiene, como lord Byron, repito, la obsesión de Caín, la más trágica figura de la leyenda y de la historia. Ya en su otro tomo de poesías, el titulado «Soledades». «Galerías». «Otros poemas», hay un recuerdo infantil en que nos dice: «Una tarde parda y fría—de invierno. Los colegiales—estudian. Monotonía—de lluvia tras los cristales.—Es la clase. En un cartel—se representa a Caín—fugitivo, y muerto Abel—junto a una mancha carmín.» Y la visión de Caín, el fugitivo, parece le persigue desde aquella su infancia sevillana, la del huerto claro donde madura el limonero.

Y así sigue, implacable, profético, vengador, hablándonos del hombre pequeño, ágil, sufrido, con ojos de hombre astuto, hundidos, recelosos, movibles, del hombre malo de la aldea

que bajo el pardo sayo esconde un alma fea
esclava de los siete pecados capitales;
el hombre que lleva
los ojos siempre turbios de envidia o de
[tristeza.

Y acaba este feroz pequeño poema, estas ocho estrofas bíblicas con estos dos versos:

Son tierras para el águila, un trozo de
[planeta
por donde cruza errante la sombra de Caín.

Ya sé que compatriotas pusilánimes y nada clarividentes, de esos que no saben que no tienen derecho a salir a la defensa de su madre patria y a rechazar las calumnias con que los maliciosos que no la conocen pretenden denigrarla, sino aquel que sabe decirle la verdad; ya sé que esos tales dirán que ni Machado debió cantar ese canto terrible ni yo comentarlo. Mas creo que con esa tremenda agua fuerte, Machado hace un servicio a su patria, además de enriquecer su caudal de poesía, y sé que hago bien con este comentario. La verdad expuesta sin malicia, sin ánimo de ofender, denigrar o afrentar, es siempre beneficiosa.

¿Quién puede negar la terrible verdad de estos versos de fuego de uno de los romances de «La tierra de Alvargonzález», que dicen: «Mucha sangre de Caín—tiene la gente labriega—y en el hogar campesino—armó la envidia pelea.—Casáronse los mayores;—tuvo Alvargonzález nueras—que le trajeron cizaña—antes que nietos la die-ran.—La codicia de los campos—ve tras la muerte la herencia—no goza de lo que tiene—por ansia de lo que espera?», y esto es de aquí y de todas partes. De todas partes es la codicia campesina, poco más de los campos pobres, pues la pobreza hace codicioso al hombre. Y la vieja pobreza, la





pobreza secular, la heredada de hace siglos, es la que lleva al hombre a la usura. «Aunque la codicia tiene—redil que encierre la oveja—trojes que guardan el trigo—bolsas para la moneda—y garras, no tiene manos—que sepan labrar la tierra». ¡Qué profunda verdad la que encierran estos seis versos del mismo poema!

Este poema de «La tierra de Alvargonzález» es una de las cosas más trágicas y más hondas que se hayan escrito. Aquellos dos hermanos mayores, el labrador y el pastor, que por codicia de heredarle matan a su padre mientras dormía, aquel otro hermano menor, el que destinaba a la iglesia su padre y que por preferir a los latines las doncellas hermosas y no gustar de vestirse por la cabeza, colgó la sotana y se fué a América, aquella su vuelta hecho indiano rico y el comprar a sus hermanos los parricidas—sin él saber esto—sus tierras, aquel terrible castigo de los dos hermanos mayores, todo ello está trazado con el sombrío vigor de los más trágicos de nuestros viejos romances. Una profunda inspiración popular circula por esos encendidos romances. Son de la misma cepa que esos otros que en ferias y romerías de villorios y lugarejos entonan gangosamente los ciegos al son de un viejo violín, mientras su casa-villa tremola un cartelón en que se pintaba con mucha sangre la tremenda tragedia. Sólo que aquí está realzada y depurada por un arte exquisito y una honda psicología la inspiración popular. Y ahí trozos de un encanto verdaderamente bíblico. Esta es poesía castiza, noblemente popular.

De buena gana intentaría aquí una justificación estética del caninismo y una demostración de todas las aprovechables energías que en sí encierra. La envidia es una pasión que puede convertirse en bien, en emulación, en rivalidad. Y de mejor gana aun emprendería la justificación, también estética, del gusto del pueblo por la tragedia.

Lo popular, en efecto, es lo trágico y hasta lo espeluznante. El pueblo sólo gusta o de lo trágico o de lo grotesco y bufo; las medias tintas no le satisfacen. Los grandes crímenes es lo que más atrae la atención pública en todas partes y en todos tiempos. Y es porque es en ellos donde se ve el mayor despliegue de la energía humana. Y acaso en el fondo no hay una gran diferencia de una heroica hazaña a un crimen. Tal sujeto que resultó un héroe para la patria en una guerra habría sido un criminal en tiempo de paz. Y en los crímenes más atroces, más execrados por todo el mundo, se ve siempre en el fondo de las censuras un poco de admiración. Satán es la figura más poética del «Paraíso perdido» de Milton, y el «Infierno» del Dante supera en grandeza a su «Paraíso». Y hasta en los crímenes más repugnantes y cobardes como es el parricidio de los hijos de Alvargonzález se ve la sombría y trágica grandeza del destino, del hado, que es lo que hizo la excelencia poética de la tragedia griega. No son sus hijos, es la codicia, pero la codicia como un ser personal, como un monstruo animado, como una terrible deidad infernal, la que por mano de los hijos mata a Alvargonzález.





Y llega el final, el castigo, aquella noche de noviembre en que los asesinos se pierden entre las vetustas hayas y los pinos centenarios y se encuentran allí con el remordimiento cerca de la Laguna Negra a cuyo insondable fondo habían arrojado antaño el cadáver de su padre. «Llegaron los asesinos—hasta la Laguna Negra,—agua transparente y muda—que enorme muro de piedra,—donde los buitres anidan—y el eco duerme, rodea;—agua clara donde beben—las águilas de la sierra,—donde el jabalí del monte—y el ciervo y el corzo abreven;—agua pura y silenciosa—que copia cosas eternas,—agua impasible que guarda—en su seno las estrellas.—¡Padre!, gritaron; al fondo—de la laguna serena—cayeron y el eco ¡padre!—repitió de peña en peña.»

Otros poemas en que el poeta penetra en las recondideces del alma humana contiene este libro de «Campos de Castilla» y hacia el fin ya hay una serie de pequeñas composiciones—las más de sólo cuatro versos—bajo el título común de «Proverbios y cantares», en la vena de aquel judío de Carrión, don León Tob, nuestro clásico poeta gnómico. Este género de la sentencia rimada, al que en rigor pertenecen los refranes y no pocos cantares didácticos, tiene en España largo y glorioso abolengo y encierra lo más y lo mejor de nuestra sabiduría popular. Y en estos proverbios y cantares de Antonio Machado se condensa y concentra su amarga sabiduría poética. Casi todos respiran eso que las gentes llaman pesimismo. Y una filosofía casi musulmana. «¿Para qué llamar caminos—a los surcos del surcos del azar?...—Todo el que camina anda—como Jesús sobre el mar». «Nuestras horas son minutos—cuando esperamos saber,—y siglos cuando sabemos—lo que se puede aprender». «¡Ojos que a la luz se abrieron—con días para, después,—ciegos tornar a la tierra—hartos de mirar sin ver!»

Yo no sé si algún optimista, más o menos progresista, condenará estas amargas sentencias y predicará el que debe luchar por la idea. Yo le diría con el poeta: «De diez cabezas, nueve—embisten y una piensa.—Nunca extrañéis que un bruto—se descuene luchando por la idea.»

Y como espero volver a tener ocasión de hablaros de este singular y castizo poeta de Castilla por hoy no digo más de él.

MIGUEL DE UNAMUNO



VNIVERSIDAD
DE SALAMANCA

GREDO.USAL.ES